

EXHORTACION PASTORAL

— DEL —

EXCMO. SEÑOR ARZOBISPO

Ordenando Preces por la Patria
con ocasión
del Aniversario de su Independencia



5

MONTEVIDEO

ARCOS MARTINEZ—IMPRESOR

Calle Buenos Aires, 155

1901

EXHORTACION PASTORAL
INSTITUTO TEOLOGICO DEL URUGUAY
MONS. MARIANO SOLER
BIBLIOTECA

EXCMO. SEÑOR ARZOBISPO
Ordenando Preces por la Patria
con ocasión
del Aniversario de su Independencia



MONTEVIDEO
DISEÑADO POR MARIANO SOLER
CALLE ROSARIO N.º 100

15873

R
278.95
SOLO

(X)

EXHORTACIÓN PASTORAL

DEL

EXCMO. SEÑOR ARZOBISPO

Ordenando preces por la Patria
con ocasión
del aniversario de su Independencia

«Pro aris et focis. Por la religión
y por la patria.»

NOS EL DOCTOR DON MARIANO SOLER, POR LA
GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE, AR-
ZOBISPO DE MONTEVIDEO, ETC.

*Al venerable Clero y fieles de la República, salud
y bendición en N. S. Jesucristo.*

No queráis extrañar, si hoy llama-
mos de una manera especial vuestra
atención sobre un sujeto muy digno y
grande, aunque no entra en el cuadro
ordinario de nuestras instrucciones
pastorales: *el amor á la Patria.*

Sentimos, en efecto, al comenzar del
nuevo siglo, una preocupación patrió-
tica sobre el porvenir de la República,
que se presenta con un cariz más prós-
pero y halagüeño al iniciarse la nueva
centuria con la obra del Puerto de Mon-

9752

15873

tevideo y con hermosas manifestaciones de un civismo, interesado en hacer prácticas las instituciones político-sociales que nos rigen; pero también nos parece sentir el clamor de la patria que nos exige que pidamos auxilio y protección al Autor y Legislador supremo de las naciones, quién, con su Providencia divina, regula los destinos de los pueblos al través de los tiempos y de los siglos.

Y hemos querido escoger la ocasión tan propicia del primer gran aniversario de la independencia nacional, que celebraremos en el presente siglo, para hablaros del amor á la patria, á fin de que, retemplados en él nuestros corazones, elevemos al cielo fervientes plegarias por su felicidad y grandeza, su prosperidad y progreso material y moral, en la paz y fraternidad de todos sus habitantes. Juzgamos, pues, muy patriótico comenzar el siglo XX clamando al cielo por una nueva era de felicidad para la Patria uruguaya; y si confiamos en Dios y su divina Providencia, estemos seguros de que nuestro clamor será escuchado.

Patria, patriotismo, amor á la patria: hé aquí el nombre más grande y sagrado después del de Dios, que pronuncian los labios del hombre. Solo Dios es

grande; pero á su lado es grande también la patria que él nos ha dado. La Patria se ama como se ama una madre; el amor de la patria se siente; no se discute ni se enseña, como no se discute ni enseña el amor filial. Pero lo podemos ilustrar y exponer.

¡El amor á la patria! Si estamos obligados á amar á todos los hombres, ya que en verdad no existen extranjeros para el cristiano, con mayor razón debemos amar á nuestros conciudadanos. Todo el amor que se tiene á si mismo, á su familia y á sus amigos, se reúne y condensa en otro amor mas grande, en el amor que se tiene á la patria, en donde nuestra felicidad, la de nuestras familias y la de nuestros amigos están contenidas de un modo eminente y sintético.

¿Y qué es la Patria? La patria es el círculo dentro del cual están contenidas nuestras afecciones: donde está nuestra patria, allí está nuestro corazón, y está en ella, aunque tuvieramos la desgracia de vivir en perpetuo destierro. Mas aún; separada de la idea de amor, de respeto, de abnegación y de sacrificio, la patria no es concebible, ni se concibe; por eso el egoísta no la puede comprender, y no suena al oído del avaro sino como un sonido metálico; los egoístas y los avaros la venderían sin remordimiento, mientras el patriota moriría por ella.

El niño pequeñuelo, que se estremece en la cuna á la voz cariñosa de la madre, es ya un ciudadano mejor que esos seres raquiticos, porque ese niño ama; y el patriotismo en su esencia no es más que la extensión de la piedad filial. Por eso el amor á la patria es generoso, es instintivo, es sagrado; es un sentimiento natural que se modifica sin embargo, con la edad; se achica ó agranda con el corazón, se oscurece ó ilumina con la razón.

¡Ay! del que no sienta crecer el patriotismo, como crece en años, ni lo siente engrandecido con la generosidad del corazón y la robustez de la intelectual. Ese es un hombre imperfecto, monstruoso; la naturaleza ha sufrido en él una triste y vergonzosa degeneración.

Pero, por más que sea instintivo, existen varios elementos que lo fomentan y vivifican: entre los mas profundos merecen mencionarse el apego al suelo natal, á la tierra común que nos alimenta y sostiene; la afección instintiva al lugar donde hemos experimentado las primeras emociones; el cariño que tenemos al triste cespéd bajo el cual reposan las cenizas de nuestros padres y mayores; la ilusión que nos hace ver sobre el polvo y el detritus que pisamos las huellas que dejaron impresas los que hemos amado

y los que nos dieron gloria é independencia. Hé aqui lo que los latinos llamaban *charitas patri soli*, el amor de la patria; hé aqui lo que llamamos la patria terrestre, la patria material; y aunque este amor tenga desde ya algo de tierno y piadoso, no es completo; es, por decirlo así, una necesidad animal, pero ennoblecida ya por sentimientos que solo pertenecen al hombre: la gratitud y el culto de los muertos. Y de tal modo es imperiosa su satisfacción, que nos sentimos desfallecer cuando nos vemos privados de ella; y hasta se muere por efecto de ese desfallecimiento, tan justamente llamado *nostalgia*, mal de patria.

La Escritura contiene pasages sublimes sobre esta afección á la tierra natal. «Yo me encontraba en presencia del rey, dice el cautivo Nehemias, y semejaba desfallecer.

«Y el rey me dijo: ¿Porqué tu semblante está tan triste, puesto que no veo que estés enfermo? Y yo dije al rey: ¿Cómo podría no tener el rostro triste cuando la ciudad en que mis padres están sepultados yace desierta y sus puertas han sido incendiadas? Si quieres otorgarme alguna gracia, enviadme á la Judea, á la tierra del sepulcro de mis padres.» (II Esdr. 2.)

Mientras los judíos habitaron en un

país extranjero y lejano de la patria, no cesaron de llorar, humedeciendo con sus lágrimas los ríos de Babilonia, recordando á su amada Sión. Ni podían resolverse á entonar en una tierra extranjera sus cantares predilectos, que eran los cánticos del Señor. Sus instrumentos músicos, que constituían su consuelo y su alegría, permanecían mudos, suspendidos de los sauces plantados en la ribera: «¡Oh Jerusalén, decían, si yo pudiera olvidarte, que antes me olvide de mi mismo.» (Psal. 135. 5.)

Nos refiere también la Biblia otro pasaje tiernísimo de amor á la patria, aun desolada y oprimida. Aquellos que los vencedores habían dejado en su tierra natal se consideraban dichosos, aunque cautivos, y decían al Señor en los salmos que cantaban durante la cautividad: «Es tiempo, Señor, de que tengáis piedad de Sión: vuestros siervos aman sus mismas ruinas y las piedras demolidas, y su tierra natal, por más desolada que esté, aún así les merece toda su ternura y toda su compasión.» (Psal. 101.11).

Hé aquí la sublime poesía que inspira la Patria.

¿Y queréis ver cómo es un sentimiento indeleble? Aun cuando se haya tenido la desgracia de ser traidor, no se extingue, y renace con un remordimiento piadoso. Temistocles, ateniense, estaba

la religión cristiana, al representarnos el cielo como nuestra patria verdadera y definitiva, nos despega absolutamente de la que tenemos en la tierra, y nos hace descuidar los deberes para con la sociedad civil. Pero semejante reproche es evidentemente falso é injusto; puesto que la religión nos enseña también que no podemos ganar el cielo sino cumpliendo todos nuestros deberes respecto de nuestra patria y de la sociedad civil. Por lo demás, la experiencia nos enseña asaz claro quienes son los mejores patriotas, si los que creen en un Dios y en otra vida, ó los materialistas que no creen ni en la divinidad, ni en la vida eterna. El heroísmo por la patria carecería de estímulo sin la sanción de ultratumba. Y acaso los próceres que nos dieron patria ¿no eran creyentes, sin dejar por eso de ser los héroes legendarios de los anales patrios?

¿Ni qué decir de esa nación que se llama España y que nosotros llamamos con honor la Madre Patria? Ah! cuando sus banderas eran bendecidas por la Iglesia, ostentando entre sus pliegues el lema de «Dios y Patria»; cuando sus capitanes juraban sobre la cruz de sus espadas y los soldados entraban en los combates bendecidos por los sacerdotes, no hubo laureles bastantes para orlar las frentes de sus héroes desde Cova-

donga hasta Granada, en una epopeya de siglos por la religión y por la patria. Y tan alto rayó el heroísmo de ese pueblo que el mundo fué pequeño para contener su grandeza. Por eso después de mi patria, ocupa en mi corazón el lugar más distinguido con entrañable amor.

Lejos de ser incompatibles religión y patria, vemos por la historia que la religión es el fundamento de las naciones.

El gran Washington dejó escritas estas memorables palabras: «la religión y la moral son las bases del bien público; y en vano exigiría los elogios debidos al patriotismo quién intentase desquiciar esos dos grandes apoyos de la felicidad humana... pero la razón y la experiencia no permiten lisongearnos de que la moral pueda tener la fuerza que le es propia sin los principios religiosos.»

El filósofo Hume declara: «no tengo por buenos ciudadanos, ni buenos políticos aquellos que desechan los principios religiosos.» Y por fin, son asaz conocidas las sentenciosas palabras de Machiavelo: *«la religión es causa de la grandeza de los estados, así como el desprecio del culto divino es origen de su ruina.»*

Por tanto, amados fieles, nuestro patriotismo gana en creces, y quilates,

moralmente extranjero en su propio país: tiene el instinto; pero no el noble sentimiento del patriotismo.

Las pequeñas repúblicas de la antigüedad nos muestran la patria bajo otro aspecto: no es la familia; no es la tribu; no es de ordinario más que una ciudad poblada por habitantes de diverso origen. Un puñado de bandidos funda á Roma; no es para el padre mas que un campo fortificado; pero los hijos encuentran allí una patria; porque encuentran, con el recuerdo paterno, una asociación poderosa que protegerá sus cunas, las tumbas de sus padres y reemplazará para el huérfano la familia ausente. Cada ciudad antigua es una madre: se vive por ella y para ella; por ella se muere.

Y es digno de observarse, que el régimen democrático hace al patriotismo más vivo y enérgico, y, bajo ciertos aspectos, más generoso de lo que puede serlo en otra forma de gobierno: se resiente menos de los lazos puramente domésticos y de la sujeción de hombre á hombre; la libertad da más mérito al sacrificio; se ejecuta como soldado, lo que se ha querido como ciudadano; cada uno tiene interés por la cosa pública y se cree responsable; mientras que en los estados despóticos, sobre todo, el patriotismo no es el amor á sus conciu-

dadanos; no es más que la afección al país ó la obediencia al déspota. Mientras el ejército de Jerjes huye, los Espartanos se hacen matar hasta el último soldado.

El ideal de la patria moral se extiende más allá de la patria instintiva: amar á Corinto, amar á Roma, amar la ciudad y el lugar en que hemos nacido, es bueno y justo; pero amar con la misma afección un conjunto de ciudades y pueblos, y considerar á sus habitantes como miembros de la misma familia, que gozan de los mismos derechos y tienen los mismos deberes bajo una soberanía común, constituye la nación, madre común que garante el derecho, el orden público, la justicia, y todas las ideas morales que reúne el nombre de patria: grande ó pequeña en extensión, eso no debilita el patriotismo en lo que tiene de generoso, de noble, de santo, de tierno y de heroico.

Amar á la patria, cualquiera que ella sea, es un instinto en cuanto al suelo patrio, es un sentimiento en cuanto á sus instituciones, felicidad y honor; es más aún, es una gran virtud, de origen divino, como todas las virtudes, y de las más generosas, porque engendra la abnegación y el heroísmo.

Y en verdad; esa virtud generosa del amor patrio nos lleva á la abnegación

suprema y al supremo heroísmo; está escrito en la Biblia: «Muramos por nuestra patria y por nuestros hermanos» era el lema de los heroicos Macabeos: «Tened corage y sed gentes de corazón, decía Judas Macabeo, á sus compañeros en armas; combatid con valor á estas naciones armadas para nuestra ruina. Vale mas morir en la guerra que ver perecer nuestro pais y nuestro santuario.» (I Machab. III. 58.) Y en otra parte: «No plegue á Dios que huyamos delante del enemigo; si la hora de morir ha llegado, muramos como gente de corazon por nuestros hermanos, y no pongamos mancha á nuestra gloria.»

II

Ahora bien, amados fieles, si tales deban ser los sentimientos del simple ciudadano en favor de la patria ¿qué diremos de los del cristiano? Desde luego, este los vé consagrados con la sancion religiosa: la patria aparece engrandecida con toda la magestad del culto y de la religion. Pero hay mas; el cristiano, hijo de la Iglesia, la reconoce como á su madre según la gracia, puesto que le debe, con la vida sobrenatural, la íntima participación en los méritos y tesoros espirituales de una inmensa familia espaciada por

toda la tierra, y á la que deben todos los pueblos los inmensos beneficios de la civilizacion cristiana. Pero tampoco ignora el cristiano que, si Dios es el autor y el Padre de la sociedad universal de los creyentes, es también su Providencia la que ha dividido la humanidad en naciones distintas, separando las unas de las otras por las distancias, las leyes y las costumbres: «Quando dividebat Altissimus gentes, quando separabat filios Adam, constituit terminos populorum.» (Deut. 32. 8.)

No olvida que si los preceptos, la doctrina, el gobierno de la Iglesia, son los mismos para todos los pueblos, estos reciben sus beneficios con una fidelidad desigual; de manera que el cristiano es deudor del don de la fé, no solamente á la Iglesia, que lo ofrece á todos, sino también á su propia patria en la medida en que la religion ha sido por ella acatada y honrada. Y cuando esta patria se llama la República O. del Uruguay, esto es, una nación nacida en su cuna por la Iglesia católica, cuyos próceres fueron católicos, y que, al darle constitución, declararon Religion del Estado á la de esa misma Iglesia ¿cómo el católico no ha de ser dos veces patriota, amigo apasionado de sus altares y de sus hogares: *Pro aris et focis?*

En verdad, hay quienes afirman que

desterrado de su patria, acusado de traición, y hasta llegó á maquinár su ruina con el rey de Persia, en donde se refugiara. Y sin embargo, al acercarse la hora de la muerte, olvida á Magnesia, que el rey le habia dado; y aunque habia sido allí tan bien considerado, ordena á sus amigos que lleven sus huesos al Atica para ser allá inhumados. Vese pues, que al aproximarse la muerte, cuando la razón está serena, y cesa la venganza, el amor á la patria no se extingue, sigue á nuestras propias cenizas.

Y tan natural es este amor á la patria, que las mismas razas nómadas no están privadas de tan hermoso instinto: el Arabe ama el desierto, y la patria del Indio es la pampa sin límites; se contempla en su casa al recorrer los bosques y praderas en donde su padre le enseñó á cazar el búfalo y el gamo.

Mas, por sobre el país, está la familia, primera patria del hombre, única patria del salvaje, patria errante como él; y decimos la única patria del salvaje, porque ya no es la patria material, sino un centro social, objeto de afecciones mas puras y libres. Aquí ya se reconoce al hombre por los sacrificios que se impone con la idea viva de los derechos de la patria-potestad y del deber filial. Pero cuanto mas inmensa es la patria material del Arabe pastor y del Indio caza-

dor, tanto mas estrecha es la patria moral: está reducida á su toldería; fuera de allí todo es enemigo y extranjero. Mas, á medida que la familia crece, el círculo de las afecciones y de los deberes se ensancha: la tribu es un desarrollo de la familia, y crea con el tiempo para el hombre una patria distinta de la que contiene el simple hogar; ama á esta mas que á aquella; y sin embargo, si fuere necesario escoger, sacrificaría la que mas ama á la otra: moriría por la tribu con todos sus hijos; y hé aqui esbozado el heroísmo por la patria moral.

Sin embargo, este nuevo patriotismo domina las afecciones domésticas; pero no se extiende fuera de la tribu. Es así como las tribus árabes y kabilas están divididas entre sí: cada una defiende el suelo propio, la patria material; pero no tienen en común una patria social, y es lo que constituye su debilidad.

La sociedad feudal, bajo este aspecto no carecía de analogía con la sociedad patriarcal; es la ley común, las instituciones político sociales comunes, lo que hace comun la patria moral. Así que, en cualquier país que se nazca, si se está excluido de la ley común, no se tiene más patria que el campo ó el suelo que lo alimenta y al que uno se afecciona como la golondrina al nido. El esclavo no se interesa por la sociedad en que vive; es

cuando está iluminado por la fé; pues que esa fé, además de convertirlo en una cosa sagrada, convierte en dogma la convicción de que los acontecimientos de este mundo no se realizan al acaso, que Dios los tiene en su mano, y que, respetando la libertad, que él nos ha dado, sabe dirigirlos segun sus altos designios á los planes inescrutables de su Providencia. Tal es la creencia de todos los pueblos, la enseñanza de los sabios y el principio fundamental de la filosofía de la historia.

El Dios del positivismo moderno no es el Dios de la humanidad, puesto que es contrario á la tradicion universal y al buen sentido relegar al Señor del mundo al fondo de un cielo inaccesible y despojarlo de su soberano dominio sobre toda criatura. El antiguo Testamento todo entero protesta contra tan triste impiedad: *Yo soy el Señor*, dice Jehovah, *no cederé á nadie mi gloria* (Isai. 42. 8.) y la gloria que reivindica es su dominación universal.

Mas aún; «Si el Señor, dice el real profeta, no cuida de vuestra ciudad, en vano vigilan sus custodios: *Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilant qui custodiunt eam.*»

Y Jesucristo inculca á sus discipulos esta misma noción en los términos mas tiernos y delicados: «*Mirad*, les dice, *las*

aves del cielo; ellas no siembran ni cosechan ¿quién pues, las mantiene? Vuestro Padre celestial. Y si él tiene cuidado del más pequeño pajarillo ¿cómo podrá dejar de cuidar de vosotros? (Math. 6. 26).

No, amados fieles, Dios no abandona los hombres ni los pueblos al curso fatal de los acontecimientos; felicidad ó desgracia de los individuos; calamidades ó buena fortuna de las naciones; todo esto es querido ó permitido por la Providencia para sus planes sublimes. ¿Cómo, pues, vuestro patriotismo, iluminado por la razón y por la fé, no se elevará hasta el trono del Altísimo para rogar por los destinos de la patria, que alza altiva ante el mundo la frente y solo ante Dios la inclina? Así lo han hecho todas las grandes naciones de la tierra, pues saben que «por él gobiernan los imperantes y dictan justas leyes los legisladores».

A tenerse solamente á las causas segundas; atribuir á la fortuna, al ciego destino, á circunstancias puramente fortuitas ó á la buena ó mala voluntad de algunas personas los bienes ó los males de la sociedad, no es ni razonable ni cristiano. Hay que mirar más alto: de Dios depende el destino de las naciones.

Más, debe recordarse que la fé es el

principio y la razón de la plegaria que sube hasta el trono del Dios que dispone de los imperios y de las naciones.

Así como no se ha encontrado jamás un pueblo que no tuviese una fé, cualquiera que fuese, en la Divinidad, así también se buscaría en vano un rincón cualquiera de la tierra habitada desde donde no suba al cielo el clamor de la oración del hombre.

Quando en una nación civilizada, hombres inteligentes é instruidos han llegado á considerar inútil la plegaria nacional, y sobre todo si han logrado imponer su opinión á sus representantes oficiales, esto será un misterio para la posteridad y para la historia un escándalo.

No pueden obrar así los cristianos, sino que, inspirados por la santa Iglesia, no dejarán de unir sus plegarias al inmenso clamor de la humanidad que, prostrada de rodillas ante el Dios vivo, eleva hácia El sus manos suplicantes: *Exurge, Domine, adjuva nos et redime nos.*» (Psal. 43. 25.) «Levántate, Señor, ven en nuestro auxilio y sálvanos.»

Que nuestras oraciones y plegarias formen una verdadera cruzada por la Iglesia y por la Patria, ya que Jesucristo nos ha prometido que lo que pidamos al Padre en su nombre nos será concedido. Pero no os contentéis con orar por vues-

tros propios intereses y los de vuestras familias; ensanchad vuestro corazón; pensad en los destinos de la patria, y rogad por ella, como se ruega por una madre tiernamente amada y para la que se desea todo bien, toda prosperidad y grandeza.

En defecto de la plegaria oficial, que volverá sin duda á entrar en nuestras costumbres, sed mas que nunca fieles á la plegaria pública; es en las reuniones solemnes donde oran los cristianos con mas fervor los unos por los otros, donde ruegan por la Iglesia, por la República, por los Poderes públicos, por el Ejército, custodio de nuestra independencia y del honor de nuestra bandera. Y bien sabeis, amados fieles, que de todas las plegarias, estas son las mas impetratorias, como quiera que el divino Redentor ha prometido estar siempre presente en medio de sus discípulos reunidos en su nombre.

Sin embargo, si es verdad que creer en la intervención divina sobre los acontecimientos humanos y procurar por la plegaria y la oración hacérnosla favorable, son, para un pueblo que quiere prosperar con honor y grandeza, los primeros y fundamentales entre todos los medios, ellos solos no bastan.

Así como para la vida individual es necesario secundar la energía de la na-

turaleza por medio de una atención vigilante y por una voluntad determinada, lo mismo sucede respecto de las sociedades. La Providencia vela sobre ellas sin duda; pero exige de sus miembros una cooperación que nada desconcierte y que jamás se demienta. Un pueblo que se abandona á un ciego fatalismo es un pueblo destinado á morir: esperar en Dios y obrar en consecuencia son dos fuerzas que jamás quedan sin resultado.

Hé aqui un apotegma para la razón y la fé: «Los hombres luchan y Dios dá la victoria.»

Es pues, necesario un civismo activo y enérgico para cooperar á la felicidad de la patria: *Laboremus*, trabajemos! Sin duda que la acción individual será diferente según la esfera en que se desarrolla la vida de cada ciudadano; más por restringida que sea esta esfera, nadie puede negar su contingente de influencia sobre sus conciudadanos, ni dejar de servir á la nación por el ejemplo, por la palabra y por todas las energías de su libertad personal.

El ejemplo que debemos á la generación que nos rodea, es ante todo el de las virtudes cívicas cristianas; por la palabra debemos inculcar el respeto y la caridad evangélicas, aun para con las personas que no participan de nuestras opiniones, á fin de que no se perpetuen las

divisiones y los odios, precursores de todas las decadencias; y en toda nuestra actividad ciudadana es menester procurar despojarnos del egoísmo que estrecha el corazón y es origen de esa indiferencia cívica y de un descuido culpable respecto á los intereses de la Patria. Y en fin, por vuestra cooperación á las obras de caridad, de religión y de patriotismo demostrareis que sois verdaderos patriotas y sinceros cristianos: *pro aris et focis*.

Terminamos, amados fieles, reiterando nuestro pensamiento, que deseamos recojais para convertirlo en una plegaria por la Patria: siendo la vez primera que en el curso del siglo XX celebramos el aniversario glorioso de la independencia nacional, elevemos al Todopoderoso nuestras preces con toda la efusión de nuestras almas, para que conceda á la joven República O. del Uruguay una era de prosperidad y grandeza: que preludie la nueva aurora de días mejores que traigan en pos de sí el reinado de la paz y de la justicia, según el voto del salmista, *justitia et pax oscultae sunt*; días de fé robusta, de concordia sincera y amor fraternal, que hagan grande á nuestra Patria y glorioso su nombre.

«*Salvum fac populum tuum Domine, et benedic hœreditati tuæ*: Salva, Señor,

nuestra patria y bendícela, porque es herencia tuya.»

Por tanto, á fin de que en toda la República se eleven preces públicas al Señor por la suerte y venturoso porvenir de la Patria Uruguaya, ordenamos lo siguiente:

1.º En todas las Iglesias parroquiales se celebrará una misa en accion de gracias, que podrá ser campal ó sustituirse por un Te-Deum, el día 25 del corriente.

2.º En todas las misas que se celebren en ese mismo día se dirá la oracion *pro gratiarum actione*, suprimiendo la imperada.

3.º En ese mismo día se repicarán las campanas en todos los templos de la República al alba, medio día y puesta del sol.

Dada en Montevideo, el 15 de Agosto de 1901, fiesta de la Asuncion de Maria.

† MARIANO,

Arzobispo de Montevideo.

Secretaría de la Arquidiócesis.

Montevideo, *ul supra*.

Por mandato del Exmo. y Rmo. Sr. Arzobispo la presente Pastoral será leída como de costumbre.

Eusebio Clavell

Secretario.